

Cuerpo enfermo y cuerpo niña: una doble marca para la construcción de género

Cándida Elizabeth Vivero Marín

Universidad de Guadalajara, México

Resumen

En los estudios de género, el cuerpo es un elemento clave para comprender la construcción identitaria de los sujetos sexuados. Relacionado con la raza, la etnia y la lengua, el género lleva a cabo a una serie de cruces que permiten comprender de mejor manera la complejidad de la identidad. Sin embargo, el cuerpo enfermo y el cuerpo infantil son dos vertientes poco estudiadas, no obstante juegan igualmente un papel importante en la construcción de género. En este trabajo, se analiza el cuerpo desde su condición de discapacidad y condición infantil en la novela *El cuerpo en que nací* de la escritora mexicana Guadalupe Nettel.

Palabras clave: identidad, género, cuerpo, enfermedad, niñez

Riassunto

Negli studi di genere, il corpo è un elemento chiave per comprendere la costruzione identitaria dei soggetti sessuati. In relazione con la razza, l'etnia e la lingua, il genere costituisce un incrocio che permette di comprendere meglio la complessità dell'identità. Tuttavia, il corpo malato e il corpo infantile sono due aspetti poco studiati nonostante che anch'essi giocano un ruolo importante nella costruzione del genere. In questo lavoro si analizza il corpo dal punto di vista della sua condizione di disabilità e di età infantile nel romanzo *El cuerpo en que nací* della scrittrice messicana Guadalupe Nettel.

Parole chiave: identità, genere, corpo, infermità, infanzia

El cuerpo, como espacio de determinación identitaria, cobra una gran importancia en la novela *El cuerpo en que nací* de Guadalupe Nettel, pues en ella se ponen en marcha una serie de procesos de marginación derivados de una condición médica.

La construcción de la identidad de la protagonista se va dando por una serie de condiciones que la marcan y la posicionan no sólo como mujer, sino también como extranjera, discapacitada visual y subordinada a la autoridad paterna en tanto niña y menor de edad.

Por ello, en esta ponencia se analizará la forma en la que a la subordinación de género se añaden otros elementos no necesariamente ligados a la etnia, la raza o la condición social, sino como cuerpo discapacitado y cuerpo infantil. De esta manera, se emplearán herramientas de los estudios de género, nociones en torno al poder y de la teoría de lo abyecto.



1. ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO AL CUERPO, SEXUALIDAD Y GÉNERO

En los últimos años ha habido un gran interés por estudiar el cuerpo debido, entre otros factores, a la necesidad experimentada por el deseo capitalista tardío de un cuerpo idealizado que triunfa en esta época, y que ha llegado a ser considerado, para algunos teóricos posmodernos, la última frontera, el espacio del reto, donde aún caben las variaciones (cfr. McDowell, 1999: 64). Así, durante la última década se han publicado muchos y variados textos entre los que podemos citar, a manera de ejemplo, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»* de Judith Butler (2002); *Feminist Theory and the Body*, editado por Janet Price and Margrit Shildrick (1999); *El cuerpo femenino. Denuncia y apropiación en las representaciones de la mujer en textos latinoamericanos*, compilado por Consuelo Meza Márquez (2010); *Cuerpos, diferencias y desigualdades*, compilado por Mara Viveros Vigoya y Gloria Garay Ariza (1999); o *Género, identidad y lugar*, de Linda McDowell (1999),

En todos ellos, se trata de una u otra forma el carácter simbólico y discursivo del cuerpo, lo que, como indica Butler, "no equivale a decir que la materialidad de los cuerpos es sencilla y únicamente un efecto lingüístico que pueda reducirse a un conjunto de significantes" (Butler, 2002: 57), aunque sí se postule como anterior al signo, como significado previo que es a la vez efecto de la significación. De ahí que, de acuerdo con Mara Viveros Vigoya, el estudio del cuerpo se ha centrado en dos grandes corrientes, a saber:

Una, que plantea que es necesario comprender la forma en que las condiciones biológicas de la existencia afectan el diario vivir y buscan analizar la interacción entre sistemas orgánicos, marcos culturales y procesos sociales, y otra, que concibe al cuerpo como un sistema de símbolos, como una construcción social de poder y conocimiento en la sociedad, o como un efecto del discurso social [...] ambas aportan elementos importantes para el análisis. El carácter polisémico del cuerpo, su situación de frontera entre naturaleza y cultura, determinan que las aproximaciones analíticas a él no pueden ser unívocas (Viveros Vigoya, 1999: 21)

En el caso que nos ocupa, nos orientamos hacia la segunda corriente que ve en el cuerpo un efecto del discurso social, donde las distintas construcciones en torno al género, la niñez y la enfermedad dan paso a una valoración del cuerpo enfermo como subordinado a la ley ya no sólo patriarcal, sino también de una autoridad materno-filial. Y es que el cuerpo recibe una serie de regulaciones sociales que delimitan su acción y determinan comportamientos, modos de hablar y de interrelacionarse con otros cuerpos. La hexis corporal, como la nombra Pierre Bourdieu, asienta entonces patrones de conducta que marcan la relación que



establecemos, en tanto cuerpos, con el mundo social (cfr. Bourdieu, cit. por McDowell, 1999).

De ahí que nos interese retomar esta línea de reflexión pues consideramos que el cuerpo representado en la literatura también responde a esta serie de normas al no poder escapar de las regulaciones a las que se somete el/la autor/a. Esto es, no sólo a nivel social podemos apreciar el efecto de los performativos sociales sobre los individuos, sino que también en la literatura es posible observar cómo dichas reiteraciones del lenguaje influyen en la construcción imaginaria de mundos posibles, ya que, como apunta Meza Márquez:



Se parte entonces, de la existencia de una escritura de mujeres [y también de hombres] que surge de un cuerpo sexuado y que, por tanto, no es lo mismo vivir, expresar y recrear el mundo desde un cuerpo de varón que de una mujer. Al referirse a la experiencia femenina no se hace en el sentido de un esencialismo biológico que construye a las mujeres como seres regidos por el instinto, atadas al orden de la naturaleza y, por tanto, colocadas en el plano de la animalidad. (Meza Márquez, 2010: 82)

El cuerpo representado se encuentra vinculado, igual que el cuerpo social, a este cúmulo de reglas que lo ubican en el espacio diegético de una manera determinada y lo posicionan en su mundo posible de acuerdo con ciertos parámetros, respondiendo así a las regulaciones extratextuales que pueden ser analizadas. Pero antes de iniciar con el análisis de la obra, me permito retomar algunos otros apuntes en torno al cuerpo. Señalábamos, pues, que el cuerpo es a la vez materia y signo, por lo que se vive de ambas formas: no sólo como significante y significado sino también como objeto social y discursivo. La separación dicotómica entonces parece diluirse, ya que se considera tanto en su dimensión biológica como simbólica. La sexualidad, por ende, es inseparable de esta doble construcción donde entra en juego el género, propiciando un acercamiento más complejo pues sitúa al cuerpo en una dimensión cultural. Así, Butler plantea por ejemplo que la femineidad se asocia a la materialidad en una serie de etimologías «que vinculan la materia con la *mater* y la *matriz* (o el útero) y, por lo tanto, con una problemática de la reproducción» (Butler, 2002: 58). A través de la sexualidad, se establecen una serie de preconcepciones genéricas que marcan los cuerpos y los determinan. La mujer se enlaza así a la reproducción y al papel nutricional, pues, de acuerdo con Butler: «La materia latina denota la sustancia a partir de la cual se hacen las cosas, no sólo la madera para construir casas y barcos, sino todo aquello que sirve para nutrir a los niños: los nutrientes que hacen las veces de extensiones del cuerpo de la madre» (Butler, 2002: 60).

Por ello, la sexualidad juega un papel fundamental en la construcción del género pues el aspecto natural del cuerpo se concibe como significación previa a la organización cultural del género:



Los aspectos naturales del género, y los procesos naturales del sexo y la reproducción, son sólo un telón de fondo, sugerente y ambiguo, de la organización cultural del género y la sexualidad. Qué es el género, qué es un hombre y qué es una mujer, que relaciones existen o deberían existir entre ellos [...], estos interrogantes no sólo se plantean a partir de los hechos biológicos reconocidos, sino que son también, y en gran parte, producto de procesos sociales y culturales (Ortner y Whitehead, cit. por McDowell, 1999: 30).

Así pues, el cuerpo sexuado se inserta en los discursos sociales y culturales y juega el género de acuerdo con las reiteraciones del lenguaje que lo hacen actuar de determinada manera. En ese contexto, los sujetos pueden ajustarse o no a las reglas, por lo que habrá siempre momentos de desafío como los que han llevado a cabo las mujeres a lo largo de varias décadas: «En su quehacer, las mujeres han desafiado, transgredido, violentado y deconstruido ese conjunto de símbolos y el contexto objetivo que se desprende del mismo, en ese proceso de posicionarse como seres autónomos, como sujetos sociales inmersos en el mundo de la cultura y de la historia, transformándolo» (Meza Márquez, 2010: 82). Los cuerpos pueden resistir de esta manera, a través de los mismos mecanismos simbólicos que se les transmiten, a los imperativos impuestos y subvertir el orden social y cultural que los subordina:

Este proceso de deconstrucción se inicia en el plano del imaginario simbólico acerca de lo femenino; pasa por la reapropiación del cuerpo, la sensualidad y sexualidad femeninas; por un pensarse, nombrarse y aprehenderse mujer en un lenguaje feminizado; por la lucha en los ámbitos de los diferentes espacios de los aparatos simbólicos institucionalizados que construyen y reproducen su situación de marginalidad; y por la lucha de la mujer por el acceso al poder en los diferentes campos sociales. (Meza Márquez, 2010:82)

El cuerpo femenino, en particular, es el que nos interesa resaltar aquí, pues desde siempre se le ha asignado un lugar de marginación que lo ha excluido del poder en muchos sentidos. Como vimos, la naturaleza y la etimología, como síntoma de la cultura, lo han ligado a funciones reproductivas y nutricias, subordinándolo a imperativos androcéntricos y patriarcales que no le han permitido expresarse abiertamente. El género interviene en tanto que a partir de esas diferencias sexuales, se construyen los modelos culturales que ven en el cuerpo femenino un espacio de debilidad, relegándolo a una serie de roles que lo limitan a determinadas prácticas: «El sexo o diferencia biológica sería la estructura básica en la que cada sociedad a lo largo de los distintos periodos históricos ha ido colgando distintas prendas, que son los mecanismos socialmente definidos de las características de género» (McDowell, 1999: 31). El cuerpo femenino recibe todas



estas condiciones y es visto como un mero receptáculo, asociado a una serie de funciones representativas: «como receptáculo, lo femenino es una no cosa permanente y, por lo tanto, carente de vida y de forma, que no puede nombrarse. Y como nodriza, madre, vientre, útero, lo femenino se reduce, apelando a una sinécdoque, a un conjunto de funciones representativas» (Butler, 2002: 92).

Cuerpo, sexualidad, género, son tres de las nociones implicadas en la subordinación de lo femenino. Pero ¿qué sucede cuando, además, se añaden estas categorías la situación infantil y la discapacidad? pues esta subordinación se acentúa aún más, provocando una relegación mayor.

2. EL CUERPO INFANTIL Y EL CUERPO ENFERMO

Señala Anayanci Fregoso Centeno, en su artículo «¿Quién es la nena más bonita del Estado de Jalisco?» El valor de la niñez en un periódico local de Guadalajara, 1921-1922», que hasta antes de la modernidad, los niños eran percibidos como «adultos en ciernes que no precisaban de espacios propios ni de una educación especial, porque éstos se conformaban como adultos a partir de la imitación y convivencia en la comunidad con los mayores.» (Fregoso Centeno, 2007: 209). No obstante, dicha percepción se transformó a lo largo del siglo XVIII, cuando el niño deja de ser poco considerado para comenzar a ocupar un lugar central

a partir de la escolarización generada en un espacio cerrado que proporciona a los niños un lugar propio y la conformación de la vida familiar donde la relación madre e hijo pasa a dominar el espacio del hogar.

La "revolución educativa" que acompañó el nacimiento de las sociedades modernas no sólo propició para el siglo XIX el surgimiento de la pedagogía como disciplina enfocada en la formación de la niñez, sino que este proceso de visibilizar a los niños como sujetos sociales trajo consigo el surgimiento de la pediatría, la higiene y la psicología infantil, más tardíamente, como saberes especializados en la infancia, así como el sentimiento generado de la relación cada vez más estrecha con la madre. (Fregoso Centeno, 2007: 210)

El niño, o la infancia en general, comienzan a ser sujetos de interés porque dejan de ser vistos sólo por su valor económico para situarse en sujetos proveedores de cariño. Esta transformación representó entonces que el niño se convirtiera en vínculo central de la unión familiar:

Esto es, cobran valor sentimental no sólo por la alegría que ofrecen a sus padres, sino también porque por medio de la madre, con quien tejen una relación especialmente estrecha, y asistidos ambos por el aparato del Estado educador, la niñez es convertida en fuente de esperanza de cambio dentro



del proyecto de reconstrucción nacional, donde se les defiende como futuros ciudadanos devotos amorosos de la patria. En palabras de Ariés, para el siglo XX en la escena tanto familiar como social se consagra «Su Majestad, el niño». (Fregoso Centeno, 2007: 220)

Los niños representaron, pues, el centro de la familia y a nivel nacional, particularmente de la política del Estado posrevolucionario, se puso énfasis en su educación pues se pretendía llevar a cabo el proyecto de reconstrucción nacional: «De esta forma, la identidad fue conformada discursivamente como una sola, y para que en la práctica pudiera alcanzarse este ideal, la niñez mexicana debía de ser mejorada de la mano de ciertas ideas sobre higiene, disciplina, moral y educación que venían discutiéndose desde las últimas décadas del siglo XIX, deudoras con mucho del positivismo europeo.» (Fregoso Centeno, 2007: 221-222). En este proyecto cultural de reconstrucción nacional mexicano, se establece una vinculación de la relación madre e hijo, mujeres y niños, con el nacionalismo y el amor a la patria (cfr. Fregoso Centeno, 2007: 225).

Así, el cuerpo infantil se supeditó a una serie de regulaciones de Estado que lo subordinaban a la observancia y vigilancia ya fuera médica o pedagógica. La sujeción se establecía en esta relación de dependencia y, particularmente, de lazos afectivos con la madre, con lo cual se creó el fuerte vínculo entre ambos e incluso se llegó a no disociarlos del todo. A partir de ahí, el cuerpo infantil fue objeto de estudio pero también de mercado, con lo que se abrió un gran campo para la venta de artículos de diversa índole tendientes a satisfacer las demandas de este sector de la población. El niño, o mejor dicho la niñez, cobró una importancia nunca antes vista y el Estado centró sus atenciones de cuidado y protección sobre ella. El cuerpo infantil se vistió, se alimentó y se atendió de manera particular, pero siempre sujeto a la mirada ya fuera médica, pedagógica o familiar, quedando en manos de los adultos quienes deciden sobre él, regulando los mecanismos de protección que consideren idóneos para su bienestar.

Ahora bien, a esta subordinación por la edad, se añade una segunda marca: la del cuerpo enfermo que, en el caso de la novela *El cuerpo en que nació*, es determinante para comprender la construcción de género. Y es que el cuerpo idealizado, el que responde a los parámetros modernos y androcéntricos de belleza, fortaleza y vigor, se inscribe siempre como referente. De ahí que el cuerpo blanco y masculino ocupe el puesto neutral, universal e incorpóreo, relegando a los demás cuerpos, en este caso el de la mujer:

Las diferencias corporales tienen una enorme importancia a la hora de decretar una situación de inferioridad, ya que los grupos dominados no tienen otro modo de definición que su cuerpo, que se convierte para ellos en una prisión no deseada, mientras que los grupos dominantes ocupan un puesto neutral, universal e incorpóreo, que es siempre, por defecto, blanco y masculino. Las mujeres, atrapadas en su cuerpo y



marcadas por gestos inapropiados, se definen como lo «otro». El confinamiento se completa con la construcción de un cuerpo femenino idealizado (por lo general, joven, blanco y esbelto). (McDowell, 1999: 78)

En ese ideal de cuerpo, son relegados los cuerpos gestantes y los cuerpos enfermos, los cuales suelen ser catalogados como 'fuera de lugar'. De ahí que tanto en el discurso como en las prácticas materiales, estos cuerpos se convierten en 'cuerpos desviados' pues escapan a la norma que ya hemos referido. No obstante, existe una resistencia por parte de estos cuerpos enfermos que los hace resolver los problemas físicos de acceso y movimiento ya sea dentro de sus hogares ya sea en los lugares públicos y de trabajo. De ahí que el cuerpo sea un lugar de opresión pero también de resistencia porque «establecer un acuerdo entre el propio cuerpo y la representación del mismo sirve para definir los límites que hay que ajustar continuamente» (Moss y Dyck, cit. por McDowell, 1999: 95). No obstante, como señala Pierre Bourdieu, el poseer un cuerpo no legítimo pareciera significar una desposesión en términos de capital simbólico, por lo que las personas con discapacidad motora estarían condenadas a una muerte social expresada en términos de un cuerpo con deficiencia motora encerrado en su casa (cfr. Bourdieu cit. por Ferrante y Ferreira, 2011: 86). Así, aun cuando la identidad del cuerpo enfermo se adecue a las circunstancias, siempre habrá una especie de condena que lo separa del resto de la sociedad. El cuerpo enfermo representaría lo opuesto a los ideales de belleza enmarcados en la independencia del sujeto, por ejemplo, pero también de otra serie de valores modernos como los ya señalados. Por ende, estos cuerpos experimentan el espacio social de una manera distinta, poniéndose en evidencia la distancia que existe entre el cuerpo real y el cuerpo legítimo:

Entonces, a partir de ciertas condiciones de existencia, el mundo se hace carne en el sujeto estableciendo un habitus [...], como sistema de disposiciones que en él se sedimentan y que, en términos de Maurice Merleau-Ponty, no cierran la experiencia, sino que permiten recrear al nivel de la experiencia corporal o individual un mundo particular entre todos los posibles [...] (Ferrante y Ferreira, 2011: 89)

El Estado, de acuerdo con Carolina Ferrante y Miguel Ferreira, sería nuevamente el encargado de agudizar las diferencias entre cuerpo útil (sano) y el cuerpo inútil (enfermo). De ahí que el cuerpo enfermo (y por excelencia el cuerpo discapacitado) sufra una segregación y una serie de políticas tendientes a 'corregirlo' o bien a 'adaptarlo' a su entorno. No es posible hablar entonces de un cuerpo asumido en sus limitaciones físicas, pues existe todo un proyecto y una serie de programas de la salud que se encaminan a normalizar a los individuos y a que estos, dentro del marco capitalista, sean productivos:

no es posible pensar al cuerpo discapacitado si no es en función del cuerpo legítimo (sano-bello-bueno): a partir de la



incorporación en los esquemas de percepción, sentimiento y acción de la discapacidad como una oposición a la capacidad, como cuerpo enfermo inútil por oposición al cuerpo sano útil (como "enfermedad" –mala– por oposición a salud –buena–), se adquiere antes de todo orden conciente una valoración negativa de la discapacidad. La sociedad capitalista, como resultado de la relativa arbitrariedad histórica de su constitución (esto es, más allá de las determinaciones objetivas que 'causalmente' han propiciado su aparición), se basa en un secuestro corporal (Scribano, 2007) y en la expropiación experiencial, con lo que, a partir de la incorporación de esquemas de percepción, pensamiento y acción que hacen que un cuerpo sano sea percibido como un cuerpo normal y un cuerpo enfermo como anormal, se da un proceso de interiorización en los sujetos según el cual la "normalidad" (bondad, belleza, salud, capacidad) es incorporada como naturaleza devenida virtud (Ferrante y Ferreira, 2011: 91)



Revista de lenguas y literaturas

Esta disociación entre lo normal y lo anormal se da debido a que en la sociedad occidental se piensa la enfermedad como un mal que hay que soportar, por ende, se percibe la enfermedad como un suceso que superar puesto que me enajena a un «estado de carencia que no me corresponde. Recuperar mi condición corporal es volver a tejer una trama intencional espacio-temporal con los otros, es reconocer que ese entramado es provisional como todos los entramados, que debido a la enfermedad es constituido como un tiempo y espacio acotado, es recuperar el poder, la autonomía, la libertad» (Pfeiffer, 1998: 149).

El cuerpo enfermo enajena, limita y constriñe, por lo que no encaja en los paradigmas del capitalismo tardío y en los proyectos modernos. Colocado del lado de lo "feo", el cuerpo enfermo debe amoldarse a los parámetros de lo sano o, en su defecto, adecuarse a él, pues aun cuando resista, finalmente se le coloca en un sitio apartado, se le relega, si no cumple con las condiciones que se establecen para los cuerpos sanos. La enfermedad, por lo tanto, subordina de nueva cuenta a los sujetos no sólo por la dependencia que se crea, sino sobre todo por los discursos y las prácticas médicas que intentan a toda costa rescatarlo del mal para encauzarlo por la vía de la normalidad e inscribirlo en el espacio social que le corresponde. Resistirse a tal pretensión es un acto de insubordinación que sólo unos cuantos son capaces de soportar pues, como señala McDowell, siempre se *llega a un arreglo* para adecuarse a las representaciones idealizadas del cuerpo que se desean en cada momento de la vida.

2. 1 El cuerpo en que nací

La novela *El cuerpo en que nací* narra la historia de una niña que desde su condición infantil vive una serie de cambios familiares que la marcan en su vida



adulta. Contada a través de una narradora autodiegética a su psicoterapeuta, la Dra. Szlavski, la historia se desarrolla a lo largo de más de veinte años desde la primera infancia hasta la adultez de la protagonista. Por ella entonces nos enteramos de su nacimiento con un defecto visual en el ojo, la separación y divorcio de sus padres, la emigración de la madre a Francia y el cuidado que la abuela tiene hacia la protagonista y su hermano, su ida a Francia a reencontrarse con la madre, su estancia en una escuela y suburbio parisino, su regreso a México y finalmente el frustrado intento por recuperar la normalidad de la visión. Todos estos acontecimientos tienen como marco de referencia la ciudad de México y la década de los setenta y ochenta del siglo XX.

Así pues, la novela es la historia de vida de una mujer que vive su cuerpo desde una triple marca: la de género, la de la niñez y la de la enfermedad. Aún más, se podría decir que justo por su discapacidad visual y su condición infantil, se va construyendo una identidad de género que la subordina a la ley no sólo patriarcal, sino también familiar. De esta manera se abre la novela diciendo: "Nací con un lunar blanco, o lo que otros llaman una mancha de nacimiento, sobre la córnea de mi ojo derecho. No habría tenido ninguna relevancia de no haber sido porque la mácula en cuestión estaba en pleno centro del iris, es decir justo sobre la pupila por la que debe entrar la luz hasta el fondo del cerebro" (Nettel, 2011: 11). Como observamos, la primera marca que nos anuncia la voz narrativa es la condición de discapacidad con la que nace y, a la usanza de la novela picaresca, se irán anunciando las aventuras que vivirá la protagonista a partir de este hecho. Así, la primera característica de su ser-niña no la condiciona propiamente el género, sino la enfermedad, situando a la protagonista en un espacio social distinto con respecto a los demás infantes de la escuela. Su discapacidad es acentuada por la colocación de un parche durante el día para obligar al ojo enfermo a desarrollarse en la medida de lo posible. Este objeto, que evidencia conspicuamente el problema visual al exponerlo de forma abierta a los demás, constituye una marca identitaria ya que la separa del resto y la margina en tanto que se la rechaza. El cuerpo enfermo se aísla de los cuerpos sanos, aun cuando se intenta amoldar y ajustar a los parámetros de normalidad:

Con ese parche yo debía ir a la escuela, reconocer a mi maestra y las formas de mis útiles escolares, volver a casa, comer y jugar durante una parte de la tarde [...].

El colegio era, en tales circunstancias, un lugar aún más inhóspito de lo que suelen ser esas instituciones [...]. El problema no era el espacio, sino los demás niños. Ellos y yo sabíamos que entre nosotros había varias diferencias y nos segregábamos mutuamente. (Nettel, 2011: 12, 13)

La segregación se da, por lo tanto, a partir de la separación entre lo sano/enfermo, lo normal/anormal, lo bello/feo, pues además de la discapacidad visual, la protagonista es sometida a una serie de ejercicios para corregir el encorvamiento de su espalda. La noción de fealdad se hace presente no por el hecho



de añadirse un mal hábito, sino por el sobrenombre que "cariñosamente" la madre le da a la protagonista: «cucaracha». Este animal, ligado a la suciedad y por ende a la fealdad, es escogido por la madre para caracterizar la postura de la protagonista, por lo que en el apelativo se acentúa la oposición que ya señalamos con respecto a lo sano-bello/enfermo-feo. De ahí que la segregación se redoble ya que no sólo se sufrirá en la escuela, sino también dentro de la casa aun cuando en ella se intente ocultar la marginación aludiendo a que el apelativo es dicho con cariño. El cuerpo enfermo es rechazado porque implica, como ya lo hemos visto, un mal y a toda costa se intenta sanar para recolocararlo en la posición que debe ocupar. La medicina, como indica Pfeiffer, nos ayuda a librarnos de ella pues en tanto que ciencia moderna, la medicina ayuda al ser humano a emanciparse de las fuerzas naturales que lo doblegan y le hacen perder autonomía:

Es así que la enfermedad deja de ser símbolo y pasa a ser signo, síntoma, síndrome de un estado de inseguridad y limitación que el médico nos ayudará a superar, se convierte en un estado totalmente indeseable no sólo por el dolor que puede provocar sino porque pone de manifiesto la limitación del poder del espíritu y de la conciencia. Con la medicina podemos superar ese estado de pequeñez y endeblez que la enfermedad de relieve; ella pasa a ser la enemiga declarada de la enfermedad y la muerte. (Pfeiffer, 1998: 138)

En la novela, los padres luchan (sobre todo la madre) por corregir el defecto visual y el postural como si fuera un proyecto ineludible. Vivido como tormento por la protagonista, a los padres y al cuerpo médico no les interesan los reclamos, las francas oposiciones o el llanto que acompaña a las prácticas médicas, pues lo que desean a toda costa es reacomodar ese cuerpo al ideal moderno, aunque para ello se apliquen medidas drásticas. La protagonista, que refiere este periodo como tortuoso y doloroso más a nivel anímico que físico, señala que tal vez no fuera tan grave la situación, pero que ella la vivió como verdadero suplicio. Esta auténtica lucha por 'llegar a un acuerdo' con el ideal, demuestra asimismo una abyección, es decir, en tanto que lo abyecto tiene que ver con aquello que se opone al yo (cfr. Julia Kristeva, 1982: 10), en este caso representado por una discapacidad visual, lo que la madre y el padre rechazan no es en sí mismo a la hija, sino lo que ella representa de no saludable, la no virtud. El tratamiento encarecido por sanar a la hija nos revela el deseo de rechazar lo que desestabiliza al sujeto y causa horror pues va más allá de los límites de lo posible, lo tolerable y pensable. La abyección se origina entonces a partir de la oposición a ese cuerpo defectuoso que les devuelve a los padres la imagen de su misma debilidad, fragilidad y dependencia. De ahí el afán por reacomodarlo:

Pero la vista no era la única obsesión en mi familia. Mis padres parecían tomar la infancia como una etapa preparatoria en la que deben corregirse todos los defectos de



fábrica con los que uno llega al mundo y se tomaban esa labor muy en serio [...]. Cuando miro las fotos de aquella época, me parece que la curvatura en cuestión era apenas perceptible en las poses de perfil. Mucho más notoria resulta mi cara tensa y al mismo tiempo sonriente. (Nettel, 2011: 15)

Con esta última frase «Mucho más notoria resulta mi cara tensa y al mismo tiempo sonriente», la protagonista pone de relieve el sentimiento que la embargaba durante la niñez: la tensión, asociada al estrés producido por la situación familiar de corregir sus defectos y la marginación sufrida en la escuela. La sonrisa, sin embargo, nos refuerza la paradoja de bienestar que se expresa a través de ella y puede aludir al encubrimiento que la propia protagonista realiza de su malestar. Así, la niñez es vivida como un tormento supeditado a la ley familiar, lo cual determina su identidad, ya que la protagonista pasará su primera infancia como un sujeto marginado, condición que la afectará no sólo a ella sino también a la familia completa. La anormalidad se vuelve a instalar como característica del cuerpo enfermo, redoblándose el estar fuera de lugar al afectar a toda la familia:

Un verano, finalmente el doctor Pentley anunció que podíamos dejar atrás el uso del parche [...]. Muy cerca de allí había un parque al que fuimos a pasear en busca de un helado, como la familia normal que seríamos –o al menos eso soñábamos– a partir de ese momento. Podíamos felicitarnos: habíamos ganado la batalla por resistencia. (Nettel, 2011: 17)

Ahora bien, una vez recuperado lo normal, aunque no la salud del todo pues sólo la cirugía podía realmente aliviar la discapacidad, la condición infantil no desaparece, por lo que la subordinación a los padres, particularmente a la madre, se sigue manteniendo. Como ya se refirió en la primera parte de este trabajo, no será hasta el siglo XVIII cuando la figura del niño cobre importancia para las sociedades modernas, pasando de ser sólo pensados en su valor económico para ser considerados proveedores de cariño. Asimismo, como ya se mencionó, el Estado ve en la infancia un sector al que se debía atender por cuanto de formación de ciudadanos representaba, por lo que la vigilancia médica y pedagógica cobró un gran auge. En el caso de la novela, observamos un marcado interés por poner de relieve esa observancia y particularmente por señalar las nuevas formas de educación que se impulsaron durante la década de los setenta y ochenta, en las que el infante es el centro de atención de las prácticas pedagógicas:

Eran los años setenta y mi familia había abrazado algunas de las ideas progresistas que imperaban en ese momento. Mi escuela, por ejemplo, era uno de los pocos colegios Montessori de la Ciudad de México (ahora hay uno en cada esquina) [...]. No había pizarrón ni pupitres dispuestos frente a la ma-



estra que, por cierto, no respondía a ese mote sino al de «guía». (Nettel, 2011: 20)

La protagonista vive las consecuencias de la nueva educación y de los nuevos modelos de familia mucho más abiertos a los temas de la sexualidad, aunque en el fondo sigan existiendo ciertos tabúes. Las contradicciones propias de la época (entre querer ser francos y abiertos con los hijos, por un lado; y exigentes y reservados, por otro), provocan en la protagonista ciertos conflictos que no logra resolver del todo debido a estas confusiones. En la novela, si bien le hablan y enseñan sexualidad, también la reprimen en cuanto a la masturbación con el pasamanos del edificio. Los dobles mensajes le causan conflicto y no puede resolverlo satisfactoriamente, por lo que queda más confundida que al principio. Así, la observancia a la sexualidad infantil se pone de manifiesto y, pese a lo aparentemente abierto del tema, se vuelven a poner en marcha los mecanismos represivos tradicionales, por lo que la observancia materna termina instaurándose:

una tarde con toda inocencia, le revelé a mi madre el motivo por el cual pasaba tanto tiempo en las escaleras de servicio y, para mi sorpresa [...], no le pareció ninguna buena idea que su hija se masturbara en un espacio tan expuesto como aquel por el que nadie circulaba [...]. Su reacción fue mucho más cercana a la vergüenza que a la celebración y, como si se tratara de algo casi reprochable, me pidió que hiciera eso únicamente en mi cuarto en el que, por cierto, también dormía mi hermano. (Nettel, 2011: 32)

De igual forma, el sometimiento a la voluntad materna se refuerza tras el divorcio de los padres, ya que será la madre la que se encargue del cuidado y educación. Esta otra contradicción se vuelve a imponer pues, frente al clima de libertad expresado en las primeras páginas, se instala la personalidad austera y estoica de la madre que no propicia el diálogo, sino que decide sobre el rumbo que han de seguir las vidas de los hijos a partir de sus propios deseos y necesidades. Así, la madre decide viajar a una comuna y, sin consultarlo, se trasladan a ella; posteriormente, la madre desea ir a estudiar su Doctorado en Francia y deja a los hijos al cuidado de la abuela por una temporada antes de decidir llevarlos con ella a París; finalmente, ante los cambios de adolescente de la hija, toma la decisión de regresar a México. Todos estos cambios y traslados de un punto a otro, que colocan a la protagonista siempre en los márgenes, los realiza *motu proprio*, por lo que la marca de la niñez será fundamental en la construcción de la identidad de la protagonista.

En efecto, el cuerpo infantil se somete a los lineamientos y decisiones de los adultos. La observancia, vigilancia y enseñanza severa de la abuela, marcarán a la protagonista pues la colocan de lleno frente a los prejuicios de género de los que se esfuerza por liberarse. La decisión de la madre de ir a estudiar a Francia, no puede ser evitada por la hija, ni mucho menos el que la abuela la eduque de una manera



tradicionalista con respecto a los roles de género que debe asumir. El cuerpo niña recibe entonces toda la impronta de la visión tradicional con respecto al deber-ser y deber-hacer de las mujeres y la construye en su identidad por oposición, es decir, a partir de lo que no desea aceptar, reafirma lo que sí quiere como es el caso de jugar fútbol. La discapacidad visual pasa a ocupar un segundo plano, pues será ahora por el cuerpo infantil por el que se construya la identidad, sobre todo a partir de la subordinación a la autoridad familiar:



El universo decimonónico al que nos transportó la abuela representaba el territorio menos hospitalario que había conocido hasta ese momento. En ese universo se imponían algunas leyes totalmente arbitrarias, al menos a mi entender, y que tardé meses en asimilar. Varias de ellas, por ejemplo, se basaban en una supuesta inferioridad de las mujeres respecto de los varones [...]. Las mujeres debían, además, vestir y comportarse adecuadamente, a diferencia de los hombres, que podían hacer lo que les diera la gana. (Nettel, 2011: 56)

La protagonista, en su condición infantil, no puede oponerse a las reglas que la abuela le impone y debe adecuarse a ellas de muchas maneras como, por ejemplo, incorporar a su atuendo vestidos con encaje y zapatos de charol. El confinamiento a la casa, es decir al espacio privado, es otra de las improntas de las que no puede escapar pues se encuentra sujeta a su autoridad. No obstante, esto no implica que no exista una resistencia pues ante la imposición del poder de la abuela, se crean mecanismos de contestación. Entre ellos destaca el hecho de que la protagonista desquite su ira jugando al fútbol, así como el desafío constante a la autoridad al hacer lo opuesto a lo que la abuela desea. De esta forma el poder autoritario de la abuela es contestado con una serie de conductas contrarias a lo que la protagonista usualmente manifestaba, uniéndose al grupo de varones para poder desahogar su enojo a través del deporte. El poder es ejercido por la protagonista pues, parafraseando a Michel Foucault, éste no es nunca vertical del todo, sino que es horizontal, por lo que la protagonista se sabe con la capacidad suficiente para contestar al poder autoritario y ejerce dicha agencia para responder. El poder de la abuela queda así cuestionado y en cierto grado mermado, ya que no logra el objetivo de dominación absoluto que ella desearía tener:

[...] me dediqué a contrariarla en todo lo posible. Yo, que hasta entonces había sido considerada la antisocial de nuestro edificio, empecé a salir cada tarde. No me llevaba con las niñas del seis [...] sino con los futbolistas. Lo que mi cuerpo exigía era sacar a través del ejercicio físico toda la ira que estaba generando. (Nettel, 2011: 59-60)

El cuerpo infantil, ya en una segunda etapa de crecimiento, demanda el desfogue de la energía a través de la actividad física y la ira, producto de la



sensación de frustración ante el padre y la madre ausente, y ante la abuela autoritaria, como la misma protagonista señala, es un reflejo de la resistencia a ese mundo adverso. El desafío a las normas y sobre todo a los roles de género impuestos por la abuela, se sostiene como una reacción contra la autoridad. La protagonista sabe que la abuela reprueba el hecho de que las niñas se ensucien o realicen actividades rudas, y pese a eso mantiene su interés en el fútbol. Sin embargo, el enfrentamiento que se esperaría entre ambas no se produce de manera violenta, pues cuando la abuela finalmente se entera que la protagonista pertenece a un equipo de fútbol, la ayuda a ser aceptada en el club deportivo. La tensión mantenida durante todo ese tiempo se dispersa gracias al llanto que la protagonista exhibe ante la negativa de incorporarse al club que recibe. Conmovida por las lágrimas de la nieta, la abuela cede y finalmente acepta que la protagonista realice una actividad tan poco femenina. De esta forma, el poder autoritario de la abuela disminuye aunque no desaparece, pues será ella la encargada de elaborar la carta mediante la cual aceptan a la protagonista en el club. La dependencia, por lo tanto, del mundo adulto se mantiene y sólo a partir de esta relación se va construyendo la identidad de género, pues el infante estará supeditado a lo que se le permite o no hacer. El cuerpo infantil va adecuándose a los roles de género que se le marcan como permitidos, por lo que la subordinación a la autoridad familiar se mantiene en todo momento, estableciéndose los límites en torno al deber-ser y deber-hacer de hombres y mujeres:

[la abuela] escuchó con interés el relato de mi visita a la oficina del club y, cuando hube terminado, se ofreció a ayudarme.

La solución que mi abuela propuso fue escribir una carta de reclamo solemne al director de nuestro club deportivo.

-Ya verás como acepta enseguida -dijo ella convencida de la estrategia [...]. Después de criticarme durante tantos meses, de llamarme marimacho y no sé cuántas cosas más, había terminado por aceptar mi afición futbolística. El hecho mismo representaba ya una pequeña victoria. (Nettel, 2011: 85)

De esta forma, el cuerpo infantil se encuentra supeditado a los lineamientos sociales a través de la familia y la escuela. La construcción de la identidad de género depende así de lo señalado como viable y permisible para cada sexo, en donde se incluyen ciertos juegos, maneras de comportarse, de actuar y de vestir. El infante, dependiente de la autoridad, recibe una serie de condicionantes que le van construyendo el género al marcarle los límites de lo aceptable y deseable. De ahí que la niñez sea fundamental en este proceso de la formación de una identidad genérica pues serán los adultos, particularmente los padres o tutores, quienes inculquen esa identidad a través de la enseñanza.



3. CONCLUSIÓN

En la novela *El cuerpo en que nací*, se plantea la construcción de la identidad de género a través de dos marcas poco analizadas: la del cuerpo enfermo y la del cuerpo infantil. En el primero, se pone de manifiesto la dicotomía normalidad/anormalidad que afecta el desarrollo psicológico de la protagonista pues se le coloca como un cuerpo fuera de lugar al no ajustarse al ideal de cuerpo sano y bello. Apartada de los demás niños, la protagonista va asumiendo una identidad marginal y se percibe a sí misma como un ser con defectos que deben ser corregidos. Por otro lado, en tanto cuerpo infantil, se encuentra subordinada a la autoridad de los adultos quienes deciden, con base en sus deseos, realizar una serie de desplazamientos que la protagonista no entiende pero cuyas consecuencias debe padecer. La identidad de género se construye a partir de lo que le es permitido hacer y, aun cuando exista un grado de resistencia a la autoridad, finalmente le será viable comportarse de una manera determinada sólo a partir de la autorización que obtenga de ese mundo adulto.

Por todo ello, en esta novela, además de las condicionantes en cuanto a clase, etnia o raza, el cuerpo infantil y el cuerpo enfermo cobran una gran importancia en la delimitación de la identidad, ya que se constituyen como marcas inseparables del ser femenino de la protagonista.

Bibliografía:

- BUTLER, Judith (2008) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, 2ª ed., trad. Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós.
- FERRANTE, Carolina y Miguel A.V. FERREIRA (2011) «Cuerpo y *habitus*: el marco estructural de la experiencia de la discapacidad», *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, vol. 5, núm. 2, pp. 85-101.
- FREGOSO CENTENO, Anayanci. (2007). «¿Quién es la nena más bonita del Estado de Jalisco?»: el valor de la niñez en un periódico local de Guadalajara, 1921-1922», *La Ventana*, núm. 26, junio-diciembre, pp. 205-246.
- KRISTEVA, Julia (1982) *Powers of Horror. An Essay of Abjection*, trad Leon S. Roudiez, New York, Columbia University Press.
- MCDOWELL, Linda (2000) *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, trad. Pepa Linares, Madrid, Cátedra, Madrid (Feminismos, 60)
- MEZA MÁRQUEZ, Consuelo, comp. (2010) *El cuerpo femenino. Denuncia y apropiación en las representaciones de la mujer en textos latinoamericanos*, Aguascalientes, UAA.
- (2010) «Poetisas desmitificadoras centroamericanas: la apropiación del cuerpo, la sexualidad y el erotismo», en Meza Márquez, 2010: 81-118.



C. E. Vivero Marín (2013) "Cuerpo enfermo y cuerpo niña: una doble marca para la construcción de género" *Artifara*, 13, Contribuciones

PFEIFFER, María Luisa (1998) «El cuerpo enfermo», *AGORA. Papeles de filosofía*, 17.1, 137-149

PRICE, Janet y Margrit SHILDRICK, eds. (1999) *Feminist Theory and the Body: A Reader*, New York, Routledge.

VIVEROS VIGOYA, Mara y Gloria GARAZ ARIZ, comps. (1999). *Cuerpo, diferencias y desigualdades*, Santafé de Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas UN.

